

# Gracias a Winn-Dixie

KATE DICAMILLO



## Capítulo 1

---

**M**e llamo India Opal Buloni, y el verano pasado mi papá, el pastor de la iglesia, me envió una mañana al supermercado a por una caja de macarrones con queso, un poco de arroz y dos tomates y volví con un perro. Esto es lo que sucedió: me metí en la sección de frutas y verduras del supermercado Winn-Dixie para elegir mis dos tomates y me tropecé con el encargado. Estaba allí de pie, como un tonto, con la cara muy roja, dando berridos y moviendo los brazos en todas direcciones.

—¿Quién ha dejado entrar un perro? —repetía como un maníaco.

—Pero ¿quién ha dejado entrar un perro sucio?

Al principio no vi ningún perro. No vi más que un montón de hortalizas que rodaban por el suelo, como tomates y cebollas y pimientos verdes. Y además, lo que parecía todo un ejército de empleados de Winn-Dixie que correteaban de un lado para otro y movían los brazos como aspas de molino, del mismo modo que el encargado movía los suyos.

Y entonces vi al perro, que doblaba la esquina a toda carrera. Era un perro enorme. Y muy feo. Tenía aspecto de estar pasándolo increíble, le colgaba un palmo de lengua fuera de la boca y meneaba la cola con rapidez. Se paró deslizándose y me ofreció una buena sonrisa. Nunca en mi vida había visto sonreír a un perro, pero eso es lo que hizo. Echó los labios para atrás y me enseñó todos los dientes. Entonces meneó la cola tan fuerte que tiró unas cuantas naranjas de un estante: rodaron alegremente para hacer compañía a los tomates, las cebollas y los pimientos verdes.

El encargado gritó:

—¡Que alguien agarre a ese perro!

El perro arrancó en dirección al encargado, meneando la cola y sonriendo. Entonces se sentó sobre las patas traseras: estaba claro que todo lo que quería era ponerse frente al encargado y darle las gracias por el buen rato que estaba pasando en la sección de verduras, pero lo único que consiguió fue tropezar con el encargado, que terminó tirado por el suelo. Éste debía de haber tenido un día muy malo porque, tendido en el suelo y delante de todo el mundo, se echó a llorar. El perro se inclinó sobre él muy preocupado y le lamió la cara.

—¡Por favor! —dijo el encargado—. ¡Que alguien llame a la perrera!

—¡Un momento! —grité—. ¡Ese perro es mío, así que nada de llamar a la perrera!

Todos los empleados de Winn-Dixie se volvieron y me miraron, y supe que había hecho algo genial. Y puede que también un tanto estúpido. Pero no había podido evitarlo. No podía permitir que aquel perro terminara en la perrera.

—Ven aquí, chico —dije.

El perro dejó de lamer la cara del encargado, levantó las orejas y me miró, como si intentara acordarse de dónde me había conocido.

—Aquí, chico —dije de nuevo. En ese momento pensé que el perro era probablemente como todos los demás seres del mundo y le gustaría que lo llamaran por su nombre; lo que pasaba es que yo no sabía cómo se llamaba, así que le dije lo primero que me vino a la cabeza:

—Ven aquí, Winn-Dixie.

Y el perro vino trotando hacia mí como si lo hubiera hecho toda su vida. El encargado se sentó y me miró con dureza, como si intentara reírme de él.

—Se llama así —dije—. De verdad.

El encargado respondió:

—¿No sabes que no se puede entrar con un perro en el supermercado?

—Sí, señor —respondí—. Es que no me he dado cuenta, lo siento mucho. No volverá a ocurrir. Vamos, Winn-Dixie —añadí, dirigiéndome al perro.

Empecé a andar y él me siguió hasta que salimos de la sección de verduras; pasamos las estanterías de los

cereales, dejamos atrás las cajas y salimos por la puerta.

Una vez que estuvimos seguros en el exterior, lo examiné con cuidado y me di cuenta de que su aspecto no era tan bueno. Era grande, pero flacucho; podías contarle las costillas. Además estaba lleno de pelones. Era como un gran trozo de alfombra marrón que hubiera estado a la intemperie mucho tiempo.

—Estás hecho un asco —le dije—. Apuesto a que no tienes dueño.

Volvió a sonreírme. Es decir, volvió a llevar los labios hacia atrás y a enseñarme los dientes. Me echó una sonrisa tan enorme que le provocó un estornudo. Fue como si me dijera: «Ya sé que estoy hecho un asco, ¿no es gracioso?».

Era muy difícil no enamorarse inmediatamente de un perro que tenía un sentido del humor tan estupendo.

—Vamos —le dije—. Veamos lo que opina el pastor de ti.

Y los dos, Winn-Dixie y yo, nos pusimos a andar hacia casa.

## Capítulo 2

---

**E**l verano que encontré a Winn-Dixie fue también el verano en el que el pastor y yo nos trasladamos a Naomi, en Florida, para que pudiera hacerse cargo del puesto en la iglesia baptista Brazos Abiertos de Naomi. Mi papá es un buen pastor y un hombre agradable, pero a veces me resulta difícil pensar en él como mi papá porque pasa muchísimo tiempo rezando o preparando los sermones. Así que, cuando pienso en él, lo llamo «el pastor». Antes de que yo naciera fue misionero en la India y de ahí viene mi nombre de pila. Pero suele llamarme por mi segundo nombre, Opal, porque ése era el nombre de su madre. Y la quería mucho.

En cualquier caso, mientras Winn-Dixie y yo andábamos hacia casa, le conté de dónde venía mi nombre y le dije que acabábamos de llegar a Naomi. Le conté también cosas del pastor: le expliqué que era un buen hombre aunque estuviera demasiado distraído con los sermones y las oraciones y los seres sufrientes como para ir al supermercado.

—Pero ¿sabes qué? —le dije a Winn-Dixie—. Tú eres un perro sufriente, así que lo más probable es que se haga cargo de ti a la primera y me deje quedarme contigo.

Winn-Dixie levantó la cabeza hacia mí y meneó la cola. Cojeaba un poco, como si tuviera algún problema en una pata, y, tengo que admitirlo, apestaba. Apestaba muchísimo. Era un perro muy feo pero yo lo quería ya con todo mi corazón.

Cuando llegamos al aparcamiento de remolques El Rincón Amistoso le dije a Winn-Dixie que tenía que comportarse estupendamente y estar de lo más tranquilo, porque se trataba de un aparcamiento donde sólo vivían personas mayores y el único motivo por el que se me permitía entrar allí era porque yo era la hija del pastor, y era una niña buena y tranquila. Yo era lo que el director del aparcamiento de remolques El Rincón Amistoso, el señor Alfred, llamaba «una excepción». Le dije a Winn-Dixie que también él tenía que comportarse como una excepción: le expliqué muy clarito que nada de peleas con los gatos de don Alfredo ni con el histérico perrito yorkshire de la señora Detweller, Samuel. Winn-Dixie levantó la cabeza hacia mí y me miraba mientras yo le decía todo esto. Juro que puso cara de entenderme.

—¡Siéntate! —le dije cuando llegamos al remolque. Se sentó inmediatamente. Estaba bien educado.

—Quédate aquí —le dije—; vuelvo ahora mismo.

El pastor estaba sentado en la sala de estar, trabajaba en la pequeña mesa plegable. Estaba rodeado de papeles y en ese momento se rascaba la nariz, lo que significaba que estaba reflexionando. Pensaba muy intensamente.

—¿Papí? —dije.

—Hummm —respondió.

—Papá, ¿recuerdas que siempre me dices que tenemos que cuidar de los que tienen menos suerte que nosotros?

—Mmmm-hummm —respondió. Volvió a frotarse la nariz y rebuscó entre sus papeles.

—Bien —dije—. He encontrado a uno que tiene menos suerte en el supermercado.

—¿De verdad? —respondió mi padre.

—Sí, señor —respondí mirando al pastor muy fijamente. A veces me recuerda a una tortuga escondida dentro de su caparazón, ahí metida pensando en sus cosas y sin sacar ni una sola vez la cabeza para ver el mundo.

—Papá, me preguntaba si... ¿podría ese uno con menos suerte quedarse con nosotros una temporada?

Por fin, el pastor levantó la cabeza, me miró y dijo:

—Opal, ¿de qué estás hablando?

—He encontrado un perro —respondí—. Y quiero quedarme con él.

—Nada de perros —contestó el pastor—. Ya hemos hablado de eso otras veces. No te hace falta un perro.

—Ya lo sé —respondí—. Ya sé que no necesito un perro. Pero este perro me necesita a mí. Mira —dije. Fui a la puerta del remolque y grité—: ¡Winn-Dixie!

Las orejas de Winn-Dixie se dispararon en el aire: hizo muecas, estornudó, subió cojeando los escalones

del remolque, entró en ella y dirigiéndose al pastor puso la cabeza en su regazo, exactamente sobre una pila de papeles.

El pastor miró a Winn-Dixie. Miró sus costillas, su pelo enmarañado y los pelones. Arrugó la nariz: ya he dicho que el perro olía muy mal. Winn-Dixie levantó la cabeza y miró a su vez al pastor.

Echó hacia atrás los labios, le enseñó sus dientes desiguales, meneó la cola y tiró unos cuantos papeles de la mesa. Por último estornudó y cayeron al suelo más papeles.

—¿Le has puesto algún nombre a este animal? —preguntó el pastor.

—Winn-Dixie —susurré. Tenía miedo de decir algo en voz demasiado alta. Estaba claro que Winn-Dixie le estaba dando una buena impresión al pastor. Le estaba haciendo sacar la cabeza del caparazón.

—Bien —dijo el pastor—, es un perro abandonado, si alguna vez he visto uno.

Dejó el lápiz, rascó a Winn-Dixie detrás de las orejas y añadió:

—Y uno con menos suerte, desde luego que no. Eso seguro. ¿Buscas un hogar? —preguntó el pastor muy bajito a Winn-Dixie.

Winn-Dixie meneó la cola.

—Bien —dijo el pastor—, supongo que ya lo has encontrado.